

## 17. La promesa de alguien

“Todo me ha sido entregado por mi Padre” (Mt 11,27). “Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío” (Jn 17,10).

Esta actitud de Jesús es la que debería haber vivido siempre el hermano mayor de la parábola del padre misericordioso de Lucas 15: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo” (Lc 15,31). Hay más posesión en esperarlo todo del Padre, seguros de su amor, que en consumirlo todo: posesiones, relaciones, libertad. El hijo mayor estaba llamado a la virginidad en la posesión de todo, no teniéndolo en sus manos o consumiéndolo para sí y para sus amigos, sino cultivando la conciencia de que lo tenía todo en común con un padre bueno y generoso.

También nosotros estamos llamados a poseerlo todo en comunión con Dios, y no partiendo de Él con la herencia encerrada en nuestra bolsa. El hijo menor, al partir con toda la herencia en el bolsillo, ha desvinculado su libertad, sus posesiones y la capacidad de amar de su corazón de la comunión con su padre. Y esto hace que todo se agote, porque ya no se nutre de quien nos genera, que genera nuestra libertad, el uso de las cosas y nuestra vida afectiva. Es como quien se pone en camino llevando consigo una gran reserva de agua, pero se aleja de la fuente, y tarde o temprano la reserva se agota y lejos de la fuente ya no puede restablecerla.

El hijo mayor se había quedado con su padre, pero tenía la impresión de que el padre era alguien que lo guardaba todo para sí sin dar nada a sus hijos. Nunca se había dado cuenta de que la comunión con el padre era en cambio para él como permanecer conectado a la fuente, porque todo lo que el padre poseía se lo daba continuamente. Cuanto más dejaba la gestión de sus bienes a su padre, más suyos eran, más podía disfrutar de ellos.

Los votos nos educan para ejercer esta posesión particular de nuestra libertad, de nuestra afectividad y de los bienes que nos son dados. Es una posesión sin posesión. Pero sólo viviendo en la esperanza que todo lo espera siempre de nuestro Padre del cielo podemos vivir los votos con esta conciencia y experiencia. Y sólo así, vivir los votos, vivir la virginidad, la obediencia y la pobreza, se convierte en testimonio para todos, propone una nueva posesión de la libertad, de los bienes y de los afectos que es posible para todos. No se da testimonio sólo de un estilo de vida, sino de la vida de Cristo que el Espíritu quiere dar a todos.

El espacio para la esperanza que implican nuestros votos se fundamenta en el hecho de que Dios no nos promete algo, sino Alguien. Porque quien espera de verdad, como dice el Salmo 19, no espera en carros y caballos, sino en Dios: “Ahora reconozco que el Señor da la victoria a su Ungido, que lo ha escuchado desde su santo cielo, con los prodigios de su mano victoriosa. Unos confían en sus carros, otros en su caballería; nosotros invocamos el nombre del Señor, Dios nuestro.” (Sal 19,7-8)

También en la parábola del hijo pródigo, el padre, antes de asegurar al hermano mayor la comunión de bienes entre ambos, le recuerda que es ante todo su presencia paterna la que le es dada para siempre jamás: “Hijo, tú estás siempre conmigo” (Lc 15,31).

En el momento de dejar a sus discípulos para ascender al cielo, Jesús promete también Alguien en lugar de algo. Promete el Espíritu Santo, “otro Consolador” (cf. Jn 14,16-17); pero también promete una presencia aún más extraordinaria y constante de sí mismo: “Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos.” (Mt 28,20)

Al fin y al cabo, Cristo promete esencialmente el cumplimiento de su misterio anunciado por los profetas y anunciado a María y José: el “Dios-con-nosotros”, el Emmanuel. “Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por medio del profeta: «Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa “Dios-con-nosotros”»”. (Mt 1,22-23)

Todos los discípulos de Jesús están llamados, pues, a esperar en una Presencia ya dada, es decir, están llamados a reconocerla y a dar testimonio de ella. Cristo es lo que esperamos. La esperanza está en la Iglesia que espera en Él, que vive en la esperanza de su salvación. En la *Salve Regina* saludamos a la Madre de Dios con los títulos *vita, dulcedo et spes nostra* - vida, dulzura y nuestra esperanza. María no es tanto el objeto de nuestra esperanza, sino nuestra esperanza vivida con perfección. María encarna la esperanza cierta y perfecta de la Iglesia. En ninguna criatura humana se vive la esperanza con tanta pureza e intensidad. Podemos decir que durante el Sábado Santo, la Virgen fue sólo esperanza, sólo espera de lo que su fe creía, sólo esperanza en la Resurrección, en la vida de su Hijo. María vivió para todos nosotros la esperanza en la Resurrección.

Pero María es imagen y prefiguración de la Iglesia. La esperanza cristiana es una esperanza eclesial, como lo es la fe. Es lo que la Iglesia espera, lo que la Iglesia aguarda, sobre el fundamento de la fe en Cristo muerto y resucitado para salvar al mundo.

Por eso es importante explorar cómo nuestras comunidades están llamadas a cultivar y vivir esta esperanza. Cómo vivir en la comunidad cristiana debe encarnar y expresar la esperanza y hacernos caminar en ella.